

**L'ÚS DE LA MONEDA
A LES CIUTATS D'HISPÀNIA**

SÍNTESI

IX CICLE DE CONFERÈNCIES

Barcelona, de l'11 al 27 de novembre de 1996

**GABINET NUMISMÀTIC DE CATALUNYA
MUSEU NACIONAL D'ART DE CATALUNYA**

MONEDA Y VIDA URBANA EN EL SURESTE PENINSULAR DURANTE EL PRINCIPADO

Juan Manuel Abascal

En contraste con otras zonas de la Península ibérica, uno de los fenómenos más llamativos del sureste es la escasez de núcleos urbanos consolidados jurídicamente y con una estructura de funcionamiento clásicamente romana. De hecho, en los actuales territorios de Albacete, Murcia y Alicante sólo conocemos siete núcleos privilegiados, cinco de ellos costeros (*Dianium*, Villajoyosa, *Lucentum*, *Ilici* y *Carthago Noua*) y dos interiores (Tolmo de Minateda y *Libisosa*).

Este panorama urbano choca abiertamente con la proliferación de enclaves costeros muy activos desde el punto de vista comercial, que se convirtieron a lo largo de la antigüedad en puntos de intercambio constante, y cuyo registro monetario es testigo fiel de la vitalidad de estas relaciones.

Tampoco es elevado el número de cecas existentes en el territorio: para la época ibérica sólo disponemos de las de *Saiti*, *Kelin* y *Kili*, situadas inmediatamente al sur del Júcar, y en época romana asumen ese papel emisor las colonias de *Ilici* y de *Carthago Noua*.

Todo este territorio de la Contestania ibérica que constituye más tarde el sur del *conuentus Carthaginensis* ofrece, pese a esa escasez de centros urbanos y de cecas, un panorama monetario muy rico, protagonizado por las emisiones de los centros regionales y por el

extraordinario aporte de monedas emitidas primero en otras cecas de la periferia y luego en las cecas oficiales romanas.

La historia científica de la moneda antigua en la región es relativamente joven, aunque haya cobrado mucha fuerza en los últimos años. En 1968 se publicó en Valencia por iniciativa del profesor Miquel Tarradell la obra colectiva *Comunicaciones a la I Reunión de historia de la economía antigua de la Península Ibérica*, y en ella E. A. Llobregat presentaba el balance titulado "Una aproximación a la circulación monetaria de la costa alicantina antes del cambio de Era". Desde aquel temprano balance hasta la fecha han transcurrido menos de treinta años, nutridos por multitud de hallazgos y por la sistematización de las series halladas. Descubrimientos casuales como los de los tesoros de Monforte, Crevillente o Denia en Alicante, Riópar en Albacete o los tesorillos republicanos de Murcia han permitido avanzar un poco más en nuestro conocimiento monetario de la región, más completo ahora tras la publicación de sendos estudios sobre las dos cecas más importantes del territorio, *Carthago Noua* e *Ilici*.

1. LOS CENTROS EMISORES REGIONALES

La ceca de *Carthago Noua* (Cartagena, Murcia) acuñó moneda entre una fecha en torno al año 47 a.C. y el año 38 d.C; durante esta etapa de más de 80 años emitió al menos 19 series distintas y se convirtió en el verdadero motor de la circulación monetaria a nivel regional, superando al resto de los talleres de la periferia y a la propia *Ilici*, y eclipsando el aporte de monedas llegadas desde la ceca de Roma. Las monedas de *Carthago Noua* (fig. 1–5) inundan todos los enclaves conocidos en estos años: son mayoritarias en las provincias de Albacete, Alicante y Murcia e incluso ocupan posiciones de privilegio en la de Almería. No hay establecimiento rural, mansión viaria o ciudad antigua que no conozca la circulación de estos ejemplares que, con el establecimiento de la vía Augusta hacia la Alta Andalucía, entran también en el valle del Guadalquivir y se difunden por las zonas aledañas. Aunque por su interés histórico e iconográfico sean mencionados los tipos referidos a los monarcas mauritanos (fig. 2–3), por

su frecuencia no podemos dejar de citar los populares ases de la 12ª emisión augustea con atributos sacerdotales en el reverso (fig. 5).

La ceca de *Ilici* se estableció pocos años más tarde que la de *Carthago Noua* y la última de sus seis emisiones aparece en torno al año 31 d.C. Mucho menos importante que *Carthago Noua* en volumen y en series emitidas, sus piezas tuvieron muy poca proyección exterior fuera del estricto ámbito regional, e incluso dentro de la propia ciudad nunca superaron en importancia a las monedas aportadas por la ceca de *Carthago Noua*. Como colonia militar que era, en *Ilici* aparecen en algunos reversos los *signa* militares (fig. 6–7), siendo muy populares también las series con representación del templo de *Iuno* (fig. 8) y la que contiene una imagen del ara dedicada a *Salus Augusta* (fig. 9).

2. LA CIRCULACIÓN MONETARIA EN *ILICI* Y SU PUERTO

El mejor modelo para comprender los ritmos de circulación monetaria a nivel regional es la ciudad de *Ilici* (La Alcudía, Elche). Se trata de una fundación augustea establecida, probablemente a comienzos del reinado del monarca, sobre un antiguo núcleo ibérico que ocupaba un promontorio junto al río Vinalopó. Unos 12 km al sureste de *Ilici* se encuentra un núcleo urbano de segundo nivel que aparece denominado en las fuentes antiguas como *Portus Ilicitanus* (Santa Pola, Alicante), y que constituye efectivamente el punto de entrada y de salida de mercancías por vía marítima para la colonia y su comarca. Ambos centros, la ciudad y su puerto, tienen un devenir histórico parejo, pero desde el punto de vista urbanístico constituyen entidades independientes.

2.1. *Ilici*

Durante los dos siglos anteriores a la puesta en funcionamiento de la ceca de *Carthago Noua*, la ciudad ibérica de *Ilici* recibió el monetario característico de estas zonas de la costa mediterránea,

compuesto por ases romano–republicanos y monedas hispano–cartaginesas primero, y por las piezas de *Saitabi* y *Arse* después; el registro de moneda circulante de estos dos siglos de la República romana tardía, en *Ilici*, se completa con las aportaciones de la ceca de Roma y con hallazgos aislados procedentes de otras cecas locales de la periferia.

La posterior refundación de *Ilici* como colonia romana se hizo ya en época de Augusto, coincidiendo con el momento de máximo desarrollo de las emisiones de *Carthago Noua*. Esto se traduce en la llegada masiva a la ciudad de las monedas de esta ceca, que eclipsan al resto de las series y que llegan a alcanzar porcentajes cercanos al 85% en la masa monetaria. La explicación de tales aportes está en la necesidad de cubrir las necesidades financieras de una comunidad que aún no ha puesto en funcionamiento su propio centro emisor y que precisa de moneda fraccionaria para sus actividades cotidianas.

Poco después de la fundación debió comenzar la emisión monetaria en la propia colonia de *Ilici*. Las seis series acuñadas en unos sesenta años no debieron ser suficientes para abastecer las necesidades locales de numerario, y las emisiones de *Carthago Noua* continúan ejerciendo un claro protagonismo en la ciudad, hasta el punto que durante la etapa julio–claudia los valores porcentuales de ambas cecas son muy similares, acaparando en conjunto porcentajes cercanos al 80% de la masa en circulación en la colonia, en donde son escasas las monedas acuñadas en la ceca de Roma en esta etapa.

Independientemente de las explicaciones financieras que este protagonismo tiene, hay que aceptar que las relaciones entre las dos ciudades debieron ser muy estrechas en torno al cambio de era, máxime si tenemos en cuenta que *Carthago Noua* constituye el principal puerto de exportación del sureste peninsular, que por ese puerto salía gran parte de la producción minera de la región y de la Alta Andalucía, y que allí confluían diferentes vías que garantizaban las comunicaciones y el movimiento de mercancías en el sureste. Para *Ilici*, *Carthago Noua* debió ser un necesario punto de referencia comercial y modelo de progresión urbanística, ya que el enclave murciano había comenzado muy pronto su

programa de monumentalización y hacia el cambio de era se había convertido en un centro bien equipado y con una infraestructura adecuada a las necesidades de sus habitantes.

En *Ilici*, como en otras ciudades del sureste peninsular y de la Meseta sur, se observa un fenómeno corriente durante la etapa julio-claudia: la presencia notoria de monedas emitidas en talleres del valle del Ebro. El fenómeno es importante porque estas piezas llegan a alcanzar globalmente porcentajes cercanos al 15% en la masa monetaria de la ciudad para la época julio-claudia. No parece que la explicación deba buscarse en la relación comercial con estos territorios tan alejados, aunque los contactos ocasionales pudieron haber propiciado la llegada al sureste de algunos ejemplares; el elevado volumen de emisión de alguna de estas cecas, como es el caso de *Caesaraugusta*, debió influir en la extensión de sus monedas como instrumento cambiario muy lejos de su lugar de acuñación, tal como ocurre también en Galicia, a donde llegan de forma habitual estos mismos ejemplares completando la masa circulante allá donde las emisiones locales son insuficientes.

2.2. El *Portus Ilicitanus*

El análisis de los hallazgos monetarios en el antiguo puerto de la colonia de Elche muestra, contra toda lógica, un resultado ligeramente distinto al obtenido en la propia ciudad. Aunque se mantiene la presencia notoria de ejemplares de *Carthago Noua* y de *Ilici*, el espectro del registro es mucho más variado y los porcentajes de cada taller varían sensiblemente como ahora veremos.

La explicación probable para tales diferencias debe estar en que el *Portus Ilicitanus* alcanzó pronto una entidad urbana muy superior a lo que cabría esperar de una simple instalación portuaria. Nacido como punto de entrada y salida de mercancías en el curso inferior del río Vinalopó, el núcleo creció al abrigo de una productiva actividad de intercambio que facilitó la construcción de algunas viviendas privadas de cierta entidad y la instalación de una trama urbana en la zona próxima al núcleo portuario.

Asentado sobre un núcleo ibérico anterior, el *Portus Ilicitanus* inició su andadura en la misma época en que lo hace la colonia augustea de *Ilici*. Su historia monetaria, exceptuados algunos hallazgos que pueden considerarse circulación residual, comienza con las series emitidas por las cecas locales hispano-romanas, que constituyen más de la mitad del numerario de esta temprana etapa portuaria. Entre ellas, *Carthago Noua* vuelve a ocupar una posición de privilegio, aunque no con la intensidad vista en el núcleo colonial; el hecho más llamativo, sin embargo, es la menguada presencia de monedas acuñadas en *Ilici*!: cuatro ejemplares en una masa monetaria de sesenta piezas para la etapa julio-claudia. No existe explicación para este fenómeno, máxime cuando sabemos que en el núcleo emisor, distante sólo 12 km, tales monedas circulan de manera habitual.

El segundo contraste entre la colonia y su puerto viene dado por la mejor representación de cecas hispano-romanas en este último: junto a los acostumbrados ejemplares acuñados en el valle del Ebro, en el *Portus* aparecen algunos ejemplares de *Clunia*, *Corduba*, *Ebusus* (fig. 10), *Emerita*, *Emporiae*, *Italica* y *Acci* (fig. 11). Los datos expuestos deben explicarse por la vitalidad comercial de la instalación portuaria, en la que el movimiento de personas y mercancías propició un aporte monetario más variado que el del resto de los circuitos regionales, ajeno con frecuencia a los cambios políticos y a las hegemonías territoriales y abierto a las relaciones mediterráneas.

A partir de la etapa julio-claudia, desde mediados del siglo I d.C. la masa monetaria del *Portus Ilicitanus* experimenta un ligero retroceso como ocurre en otros muchos enclaves peninsulares. El retroceso es especialmente notorio desde época de Adriano, en que la masa monetaria desciende en casi todos los enclaves costeros como consecuencia del empobrecimiento de las haciendas locales y de la consiguiente reducción del volumen de negocio.

Esta tendencia se invierte progresivamente a partir de mediados del siglo III d.C, en que los radiados de Galieno y de Claudio II empiezan a aparecer en casi todos los registros arqueológicos; y el volumen de hallazgos aumenta espectacularmente en el siglo IV, cuando las populares fracciones de bronce de la familia constantiniana inundan todos los circuitos. A partir del año 330, y durante todo el siglo IV, el *Portus Ilicitanus* experimenta los habituales altibajos

en el aprovisionamiento de numerario que conocemos para otros enclaves, con la particularidad de que su situación geográfica y su función económica parecen ser un escudo que defiende al enclave de otras oscilaciones que no sean las del propio mercado. Así, las grandes usurpaciones del siglo, tanto la de Magnencio como la posterior de Máximo, no parecen repercutir en la masa monetaria de la ciudad que, o bien no conoce apenas los nuevos tipos monetarios de los usurpadores, o bien mueve su numerario simultáneamente con el de los gobernantes oficiales; control político y vida económica corren ahora caminos distintos, y la posición geográfica del *Portus Illicitanus* justificará en todo momento su alineamiento con las corrientes comerciales del Mediterráneo.

En el registro monetario del *Portus Illicitanus* destacan tres conjuntos de diferente cronología y hallados en circunstancias muy distintas. El primero es un conjunto de cuadrantes datados entre los reinados de Vespasiano y de Trajano cuyo lugar de origen exacto se desconoce, pero que figuran en la colección del Museo Arqueológico local como procedentes de la ciudad; se trata de un grupo de 21 piezas, algunas de ellas bien datadas y otras correspondientes a series anónimas, que pudieron formar un conjunto en origen a juzgar por su homogeneidad, y que constituyen la evidencia de las pequeñas transacciones que debían tener lugar en el ámbito cotidiano del puerto.

Los otros dos conjuntos, de cronología más tardía, tienen un enorme interés para calibrar la relación entre los ritmos monetarios y la actividad económica del núcleo urbano. Uno de ellos puede tener la consideración de ocultación a juzgar por las circunstancias de su hallazgo. Se trata de un grupo de 42 monedas halladas en una habitación de reducidas dimensiones durante la campaña de 1982. La instalación que las cobijaba era, aparentemente, un almacén portuario, lo que aumenta el interés de este descubrimiento aún inédito. Excepción hecha de tres monedas del siglo I d.C. que se pueden considerar como circulación residual, el conjunto estaba integrado por un buen número de radiados, los llamados "follis" y fracciones de "follis" datables entre los años 253 y 363 d.C. Semejante registro constituye una buena muestra del espectro cronológico de la moneda circulante a mediados del siglo IV d.C, manteniéndose en los circuitos muchos de los depreciados radiados del siglo anterior; con tales piezas se pagaban los productos cerámicos norteafricanos que en esta etapa llegan al *Portus Illicitanus* en apreciable cantidad.

El otro conjunto, encontrado también en 1982 muy cerca del anterior, lo forman 28 monedas fechables entre los años 260 y 303 d.C, con excepción de dos ejemplares anteriores. El interés de este homogéneo conjunto de época tetrárquica radica en que la mayor parte de los ejemplares de su última fase proceden de la ceca de *Carthago* y se encuentran en aceptable estado de conservación, por lo que probablemente se trata de monedas recibidas en el *Portus Ilicitanus* directamente desde el centro emisor, que en esta época envía hacia esta zona de la costa mediterránea un apreciable volumen de mercancías.

3. LA CIRCULACIÓN EN OTRAS ÁREAS DEL SURESTE

A partir de la puesta en marcha de la ceca de *Carthago Noua* a mediados del siglo I a.C, todos los circuitos monetarios del sureste se vieron inundados por los semises de esta ceca, tanto en las zonas alicantinas como ya hemos visto, como en el área situada más al sur.

A lo largo del siglo I a.C. muchas cecas béticas (*Acinipo*, *Lascuta*, *Irippa*, etc), de la Alta Andalucía (*Castulo*) y del valle del Ebro (*Calagurris*, *Bilbilis*, etc) proporcionaron a los centros comerciales del extremo sureste de la Tarraconense el numerario fraccionario indispensable para sus transacciones. En la época anterior a la creación de la ceca de *Carthago Noua*, *Castulo* ejerce un cierto protagonismo, tanto en los territorios costeros como en zonas del interior hasta los llanos centrales de la provincia de Albacete. Allí, los trabajos de Rubí Sanz han puesto de manifiesto la permeabilidad de la Sierra del Segura para todas estas especies monetarias acuñadas en la vertiente sur de Sierra Morena, que deben ser el complemento habitual de las emisiones oficiales romanas que circulan por el territorio. Las razones de esta frecuencia hay que buscarlas en la existencia de transitados canales de comunicación, que sirven a las relaciones con la Alta Andalucía antes de crearse el ramal viario entre *Carthago Noua* y *Castulo*, lo que convierte al actual territorio de Albacete en lugar de paso entre Levante y las estribaciones de Sierra Morena y garantiza la distribución de la moneda castulonense en la región.

El panorama cambiará a partir de la puesta en marcha de las emisiones en *Carthago Noua*; desde ese momento, el ámbito de influencia de esta ceca se extenderá progresivamente por todo el sureste alcanzando una notoria superioridad en el abastecimiento de los circuitos con respecto a otros talleres. Ni siquiera el mayor volumen de circulación de época augustea y tiberiana, que muestra por ejemplo un relanzamiento de los talleres del valle del Ebro en el área murciana, eclipsan la presencia de *Carthago Noua*, que llega a proporcionar el 50% del numerario hispano-romano en un conjunto tan representativo como es la colección Blaya del Medagliere Vaticano. Los estudios inéditos de A. Alberola en el curso medio del río Vinalopó arrojan valores muy semejantes y constituyen la evidencia de idéntico fenómeno en el interior de la provincia de Alicante.

La extensión de la moneda de *Carthago Noua* en el sureste guarda mucha relación con el nivel de organización municipal y colonial de estos territorios. En efecto, el número de núcleos urbanos que alcanzan alguna de estas categorías jurídicas a finales de la República y a comienzos del Principado es muy reducido; si exceptuamos el ambiente costero alicantino, el extremo sur de la Tarraconense sólo va a ver aparecer tres colonias (*Carthago Noua*, *Ilici* y *Libisosa* [Lezuza, Albacete]) y un municipio (El Tolmo de Minateda [Hellín, Albacete]). Este nivel de organización, que no excluye la existencia de otros núcleos no privilegiados en sus proximidades, estableció una jerarquía territorial en la que las cuatro ciudades citadas pasaron a ser centros administrativos del resto del territorio, proceso que inevitablemente llevaría a una concentración de las actividades económicas y a que las monedas emitidas por algunas de estas ciudades alcanzaran un notorio protagonismo regional.

Sólo dos de estos núcleos emiten moneda (*Carthago Noua* e *Ilici*), y el segundo de ellos en un volumen muy inferior al del primero. Si a eso unimos que *Carthago Noua* venía funcionando como motor económico del sureste en las últimas dos centurias, entenderemos que sus emisiones gozaran de posiciones de privilegio en los circuitos y que se constituyeran, sin duda, en un valor seguro para las transacciones en la región.

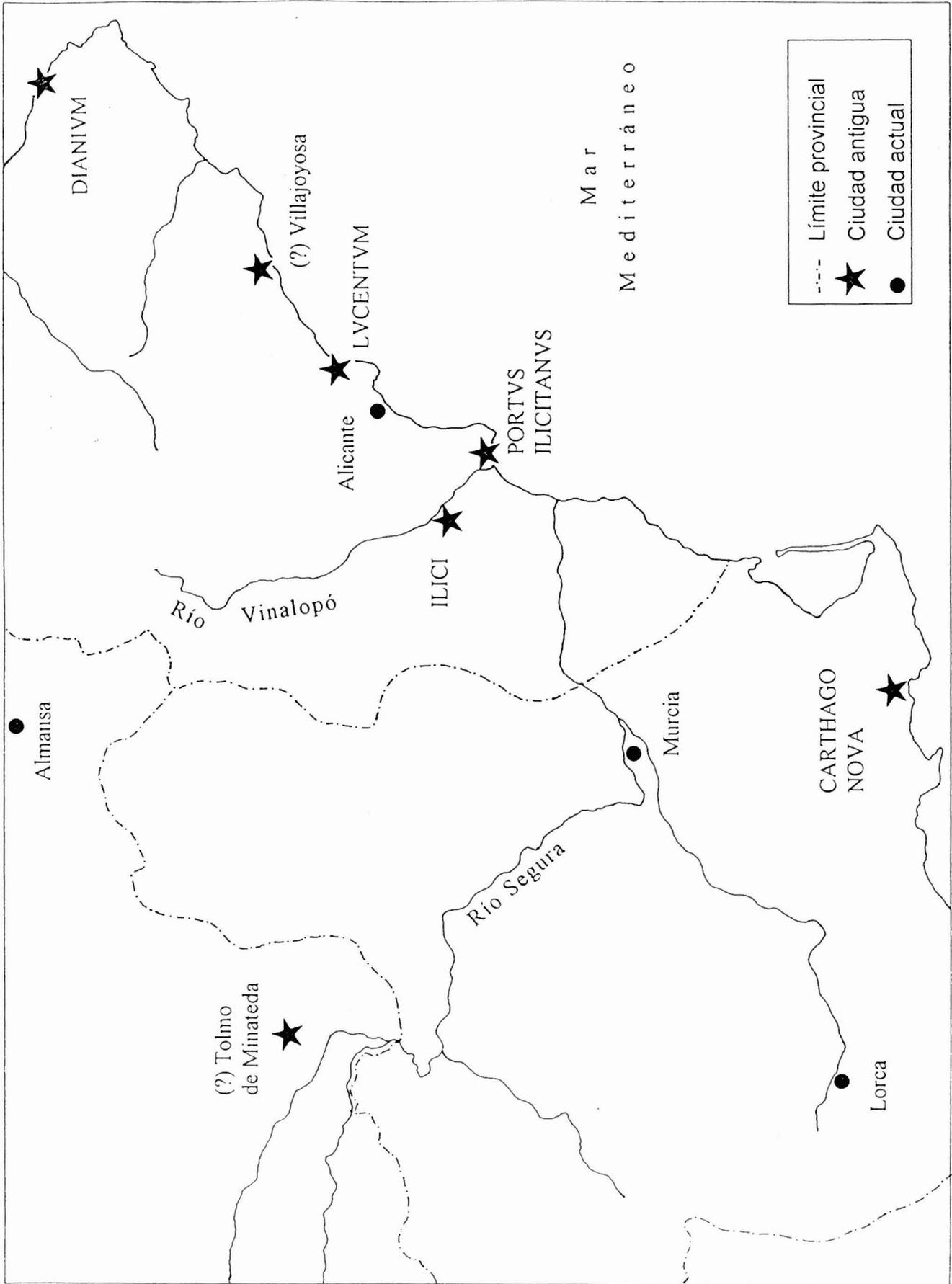
A finales de la época julio-claudia el sureste peninsular acusó la escasez de aprovisionamiento ocasionada por el cierre de las cecas coloniales y municipales. Todos los circuitos se inundan materialmente de las series de ases de Claudio I, en proporciones superiores a 4 monedas/año para la provincia de Almería y alrededor de 2 monedas/año para el interior de Alicante según los datos obtenidos por A. Alberola. La mayor parte de esas piezas son, como era de esperar, imitaciones acuñadas en talleres locales que suplen las carencias propiciadas por el cierre de cecas urbanas; las copias de los populares ases con reverso de Minerva sustituyen ahora a la moneda de *Carthago Noua* en la mayor parte del territorio. En las ciudades costeras el panorama no es muy distinto, aunque muy pronto aparecen las nuevas especies monetarias emitidas en Roma, que señalan la frecuencia de las relaciones marítimas mediterráneas y el buen nivel de actividad de puertos como el situado a los pies del Tossal de Manises en Alicante, sede de la antigua ciudad de *Lucentum*.

Salvo en hallazgos aislados y en pequeñas ocultaciones puntuales, la etapa flavia y antonina registra índices muy bajos de aportación de numerario, en todos los núcleos urbanos del sureste y en sus áreas rurales. Un análisis somero de la información disponible muestra que el aporte global de los años 68–98 d.C. no alcanza en volumen al del reinado de Claudio en toda la provincia de Almería, y las cifras son inferiores en *Ilici*, en el interior de Alicante (valle del Vinalopó) o en Murcia; el siglo II d.C. ve reducirse aún más el volumen de circulación en todas las áreas citadas, sean o no urbanas. Tales estimaciones carecen de explicación histórica por el momento, sobre todo si tenemos en cuenta que la época trajano–adrianea, por citar un momento señalado, parece corresponder con una revitalización del paisaje urbano en algunas áreas costeras y con el momento de mayor fortaleza de las élites ciudadanas de la provincia citerior. La única explicación posible es imaginar para estos años un porcentaje de pérdida de monedas menor que en otras etapas, auspiciado por el uso corriente del sestercio en detrimento de divisores de menores proporciones.

Como en toda Hispania y en gran parte de Occidente, en el sureste a lo largo del siglo III d.C. la masa monetaria en circulación crece al mismo tiempo que se reduce el valor metálico de las especies en uso. El popular radiado se encuentra por doquier y son pocos los núcleos habitados

que no han proporcionado un buen número de estas piezas; aunque no faltan las series de Galieno, ningún tipo se hace tan corriente como los radiados de consagración de Claudio II, cuyo elevadísimo número y la enorme variedad de cuños conocidos obligará, algún día, a afrontar la titánica tarea de establecer la ubicación de las cecas locales que imitan los tipos oficiales y que abastecen, casi en exclusiva, los circuitos de la Península ibérica, a donde rara vez llegan ejemplares salidos de las cecas estatales. Con ellos encontramos ocasionalmente los últimos sestercios emitidos en este tormentoso siglo III d.C. de cuya inseguridad es prueba el tesorillo de piezas de bronce de *Dianium*, probablemente oculto cuando la inestabilidad política era ya algo más que un rumor para gran parte de los ciudadanos del Imperio.

Universidad de Alicante





1



2



3



4



5



6



7



8



9



10



11

BIBLIOGRAFÍA

Cecas

R. ARROYO, *Les monedes valencianes*, Valencia, 1984.

A. BURNETT; M. AMANDRY; P. P. RIPOLLÉS, *Roman Provincial Coinage, vol. I: From the death of Caesar to the death of Vitellius (44 BC–AD 69)*, Londres–Paris, 1992.

M. M. LLORENS, *La ceca de Ilici*, *Estudis Numismàtics Valencians*, nº 1, Valencia, 1987.

M. M. LLORENS, *La ciudad de Carthago Nova: las emisiones romanas*, Murcia, 1994.

L. VILLARONGA, *Las monedas hispano–cartaginesas*, Barcelona, 1973.

Tesorillos

J. M. ABASCAL; M. OLCINA; J. RAMÓN, *Un tesoro de sestercios romanos procedente del territorium de Dianium (Hispania Citerior)*. *Catálogo de Fondos del Museo Arqueológico*, VI, Alicante, 1995.

R. ARROYO, El tesoro de monedas tardorromanas de Monforte (Alacant), *Acta Numismática*, 15, 1985, p. 139–156.

A. GONZÁLEZ PRATS; J. M. ABASCAL, "La ocultación monetaria de La d'Eula, Crevillente (Alicante)", *Lucentum*, 6, 1987, p. 183–196.

A. GONZÁLEZ PRATS; J. M. ABASCAL, *El tesoro romano de Cachapets (Crevillente–Alicante)*, Monografías del Museo Municipal de Crevillente 1, Crevillente, 1989.

M. LECHUGA, *Tesorillos de moneda romano–republicana de la región de Murcia*, Murcia, 1986.

P. P. RIPOLLÉS, El hallazgo de monedas de Monforte (Alacant). Parte I: monedas griegas, *Acta Numismática*, 14, 1984, p. 59–69.

J. SÁNCHEZ JIMÉNEZ, El tesoro numismático de Riópar, *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 1945, p. 169–174.

Circulación monetaria y colecciones

J. M. ABASCAL, *La circulación monetaria del Portus Ilicitanus, Estudis Numismàtics Valencians*, nº 4, Valencia, 1989.

J. M. ABASCAL; J. A. GISBERT, Numismática y evidencia arqueológica en el alfar romano de L'Almadrava (Setla-Mirarosa-Miraflor)", *Lucentum*, 9-10, 1990-1991, p. 133-160.

R. ARROYO, *El Numario de la Universidad de Valencia*, Valencia, 1984.

M. LECHUGA, La moneda ibérica, en *Historia de Cartagena III. El mundo protohistórico y su entorno*, Murcia, 1986, p. 437-467.

E. A. LLOBREGAT, Una aproximación a la circulación monetaria de la costa alicantina antes del cambio de Era, en *Comunicaciones a la I Reunión de historia de la economía antigua de la Península Ibérica, Saguntum (Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia)*, 5, 1968, p. 91-106.

T. MAROT; M. M. LLORENS, La Punta de l'Illa de Cullera: aproximación a la circulación monetaria durante el siglo VI en el área valenciana, en M. P. García y Bellido; R. M. Sobral Centeno, *La moneda hispánica. Ciudad y territorio, Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XIV, Madrid, 1995, p. 253-260.

M. D. MOLINA GARRIDO, Aspectos generales sobre circulación monetaria de época romana en Almería, *I encuentro de cultura mediterránea, Homenaje al Padre Tapia, Almería 27-31 octubre de 1986*, Almería, 1988, p. 149-160.

P. P. RIPOLLÉS, *La circulación monetaria en las tierras valencianas durante la Antigüedad*, Barcelona, 1980.

P. P. RIPOLLÉS, *La circulación monetaria en la Tarraconense mediterránea, Trabajos Varios del SIP*, nº 77, Valencia, 1982.

R. SANZ, *Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete: los siglos de transición*, Albacete, 1996. (Tesis Doctoral en prensa).

J. M. SOLER; C. DOMENECH; J. M. ABASCAL, *La colección numismática José M^e Soler en Villena*, Alicante, 1993.

Obras complementarias

P. P. RIPOLLÉS, Hispania. Las acuñaciones locales y la financiación de las rei publicae, *Between coins and no-coins. Milán 1992*, RIN 95, 1993, p. 295–306.

P. P. RIPOLLÉS; J. M. ABASCAL, Metales y aleaciones en las acuñaciones antiguas de la Península Ibérica, *Saguntum*, 29, 1995, p. 131–155.